



- SOFÍA DONOVAN -  
HABLEMOS DE TORMENTAS

¿Qué pasa cuando la forma ya no responde a su forma?

Hay personas que son capaces de soportar las más altas temperaturas del fuego y a la vez se pueden agrietar o romper por nada. Cuando esas personas hacen cualquier cosa relacionada con el arte, lo que sale merece siempre nuestra atención, porque en eso que hacen ponen todo lo que tienen: no saben retacear, no pueden --aunque ardan.

Yo conozco una persona así. Es mi prima Sofía. En realidad es sobrina, pero yo la prefiero prima porque la veo en pie de igualdad generacional: sus cosas y mis cosas ocurren a la vez. Ella de un lado de la cordillera y yo del otro, con unos cuantos kilómetros de por medio. Ella me pregunta por el mar que tengo ahí nomás de la puerta de mi casa, me pide que le describa las tormentas eléctricas con truenos y relámpagos que son un clásico de la pampa y la costa argentinas.

Venimos los dos de una familia que habla poco, por no decir nada, de sentimientos y emociones. Nosotros, en cambio, hablamos de tormentas.

Un flashback de su infancia en Argentina: el galpón donde su abuela Guegue hacía sus cerámicas, la pasta húmeda de arcilla que ella le dejaba amasar y moldear con sus dedos (ningún otro nieto tenía permiso para entrar y tocar y quedarse). Sofía sintió en las manos lo que necesitaba y empezó a ir a un taller de cerámica en Santiago, Chile, y luego a otro y otro.

Porque la idea inicial era ir despacio, tomárselo con calma, pero la calma es para Sofía sólo un estado transitorio, volátil. Enseguida quiso forzar los límites: ver hasta dónde podía llegar con la materia, con la forma, con el horneado. Rompía piezas para rearmarlas o integrarlas a otras. Empezó a necesitar más espacio. Terminó trabajando en taller propio, con horno propio. Ese fue uno de los dos momentos bisagra en este camino: cuando dejó de confiar a otros la cocción, cuando pudo empezar a lidiar ella misma con el fuego, a infringir a su criterio las leyes de temperatura en los esmaltes y las pastas, a estudiar las propiedades y las reacciones de los elementos: los alcalinos, los metales, los óxidos, las composiciones químicas. El otro momento bisagra fue una encomienda que le llegó desde Buenos Aires: Guegue le mandaba de regalo, de herencia, su propia caja de herramientas, sus estelas.

Kierkegaard decía que el problema de la vida es que hay que

vivirla para adelante pero sólo podemos entenderla para atrás. Nos pasamos la vida haciendo eso.

No sé si vieron las manos de Sofía. Las tiene llenas de cicatrices. La piel de sus dedos es como la de los elefantes, arrugada y áspera. No usa anillos y tiene las uñas cortadas al ras. La pregunta que hace tiempo tratan de contestarse esas manos es: ¿Qué pasa cuando la forma ya no responde a su forma? Ella se lamenta seguido de no tener "la fuerza de un hombre" para vencer la resistencia del material.

Dice Sofía que no hay monasterios posibles dentro del mundo loco en que vivimos. Dice que sus piezas son --me encanta esta definición por la indefinición-- "abstracciones que son algo". Sus mails y las fotos que trae parecen partes de un frente de batalla: hablemos de tormentas. Cada uno que me llega, me hace acordar invariablemente a aquella declaración famosa de Louise Bourgeois: "Desemboqué en la escultura --esto es tremendamente importante-- porque me permitió expresar lo que no me animaba a expresar antes". Eso es hablar de tormentas.

» TEXTO: JUAN FORN  
» FOTOGRAFÍA: ÁLVARO MARDONES



EXPOSICIÓN CERO ZEN

SALA FUNDACIÓN GASCO,  
SANTIAGO DE CHILE

Cero Zen es una actitud de resistencia. Cero Zen es ser políticamente incorrecta. Es correr el velo de la mentira y desenmascarar el verso de la paz. Cero Zen es mirarme al interior de mí misma y reconocer que todo el caos y todas las contradicciones viven y seguirán por siempre conviviendo conmigo, porque es imposible desvestirme de mis ropajes culturales de toda una vida, e irme a vivir al monasterio de no sé qué lugar imaginario para encontrar la paz.

Desde el comienzo de la historia moderna, la humanidad ha perdido su estructura de seguridad en el cosmos celeste. Contra los horrores del espacio sin límite, el hombre se ha lanzado con agitada histeria a procurarse su propio continente artificial, ahogado en confort y alimentos técnicos de una perfección inusitada; un mundo cargado de saturación y de sobreabundancia de estímulos, en una búsqueda desesperada por encontrar un lugar acogedor e inmunizante.

Cero Zen intenta retratar a este mundo artificial civilizador a la sociedad del cansancio.

Cero Zen se vale de la arcilla haciendo hincapié en el trabajo insistente sobre el exceso, la deformación, caprichosa, el color irreverente, la inestabilidad de las formas, intentando mostrar cómo la disolución de todo lo sólido es la característica más definitiva de nuestra época. Y cómo ese estado es efímero, veloz y banal.

» SOFÍA DONOVAN



1 DE PAJARRACO, MUCHO, 2016. 55 x 30 x 25 cm. Cerámica cono 04 y objeto cerámico en el interior.  
2 RESONANCIA DE PECHOS VERDES, 2015. 45 x 32 x 26 cm. Cerámica cono 04.  
3 NATURAL, 2016. 27 x 32 x 32 cm. Cerámica cono 04 y lustre dorado.  
4 GENESIS III, 2016. 4 x 35 x 35 cm. Cerámica cono 04.  
5 GRAN POTELLA PARA ESPÍRITU, 2016. 40 x 35 x 35 cm. Cerámica cono 04.  
6 CATASTROFE INTERGALÁCTICA, 2016. 30 x 40 x 45 cm. Cerámica cono 04.